

Dialogo abierto: El psicoanálisis: vale la pena?

Aquí estamos, convocados por las ganas de encontrarnos a charlar sobre lo que hacemos.

Agradezco mucho la invitación, gracias Ana, gracias Caro, finalmente emprendí el viaje. Y lo estamos emprendiendo!.

Gracias a ustedes por estar aquí.

Gracias también, al Psicoanálisis, que hizo que valga la pena atravesar, no solo el océano, para que hoy esté acá, hablando.

Llevada por el entusiasmo de pasar por este camino, ese por el que vamos a pasar juntos durante este rato, me dispuse a escribir.

De qué hablar?!!. Qué decir? No sé. Algo, un recorte. Un intento, de transmitir algo de lo que surge como experiencia en un análisis, y de las ganas de juntarse a compartir con otros, preguntas, reflexiones, acerca de una práctica tan fascinante como compleja.

Soportando lo imposible de ambas tareas, les voy leyendo lo que escribí.

Acaso nuestra practica podría acercarse a la idea de emprender un viaje, hacia una experiencia que se hace hablando? En la que hablando, se dice?

Un análisis, un recorrido, un viaje que se inicia hablando, en el que existe la posibilidad de un decir que pone en juego leer y escribir, una experiencia de pasaje.

Un recorrido, que tiene un dispositivo, que conlleva la posibilidad de que se despliegue en él, la estructura misma del ser hablante.

El hecho de que sea una experiencia, que tenga un dispositivo por el que se arriba a ella y que éste tenga una especificidad, hace que no se trate de cualquier viaje, y que, en mi opinión, valga la pena el pasaje.

Lacan dice, que un análisis, es el encuentro de la transferencia con el deseo del analista. Eso nos lleva a pensar la especificidad del dispositivo analítico y la experiencia que de allí resulta. No dice un encuentro entre analista y analizante, no hay dos.

Sin embargo, como analistas, estaremos allí, en cuerpo y alma, estaremos implicados en el asunto, pero no será de cualquier modo.

En la medida que invitamos al analizante a hablar, si podemos abstenernos de nuestra memoria, ya estamos ahí, implicados en lo que se nos transfiere, no solo en términos de trasferencia como ligadura, los relatos de la vida del analizante, sino en lo que escapa a ella, ese real que, en tanto resto, escapó a la posibilidad de ser traducido alguna vez a palabras.

Ese real, que se manifiesta de modo mucho más virulento, en algún momento del recorrido, en donde todo parece enrarecerse, en donde se detiene la asociación libre. Ahí ya estamos en otro lado, no sabemos dónde, pero “se nos da a saber” de un peso, el peso del objeto que se hizo presente. Habrá de soportarlo? Quién?

Es en ese momento en el que, el analista, está frente a una posibilidad, sin saberlo, de que la interpretación, el acto analítico, acontezca. Sin saberlo porque, si acontece, es porque aquel, desde su función “deseo del analista”, puede soportar el objeto, no en su persona, en su saber, sino en el semblante, y desde allí se deja decir.

El acto, no se consigue, se produce, en el momento en el que un decir, sorpresivo, sin cálculo, atraviesa el objeto. Tal decir, produce un corte, precisamente entre el sujeto y el objeto.

El dispositivo, pensado de esta manera, permite que se despliegue no solo la neurosis del analizante, sino además, la estructura del sujeto en tanto ser hablante, en este sentido es un dispositivo de pasaje, de pasaje por el origen, la Falta, la estructura del sujeto y el objeto.

Hablar, leer y escribir toman una dimensión distinta en el dispositivo analítico.

Digo, una dimensión distinta de lo que puede ser hablar, leer y escribir en cualquier otro discurso, como modo de vínculo con el otro.

Es decir, **a partir de estar adscriptos al Verbo**, los parletres hablamos con las palabras del Otro que nos tocó en suerte, leemos con la memoria de lo que se ha fijado y podemos escribir según esas reglas, esas que arman una vida posible, **el Un lenguaje para cada quien.**

Hablamos y leemos el sistema, así nos sentimos parte de nuestro pequeño mundo que vuelve siempre al mismo lugar y que conserva siempre el mismo sentido. El significado, un loop. Los modos en los que se ordena la pulsión, fantasmáticamente y bajo el régimen del Superyo como modos de lectura, como modos en los que el neurótico erige lo que cree su “ser”, y lo que ocupa el lugar de su verdad.

La experiencia de un análisis, subvierte la idea de que hablar, leer y escribir estén ligados al significado, si es que hay un analista, ese que en su función, pueda faltar a la comprensión del mundo que le es relatado en los dichos del analizante. Lo que se oye no tiene relación con lo que significa.

Desde la regla fundamental se lo invita al sujeto a hablar, confiando que en la predicación, en el hablar, se dice más de lo que se sabe. Tal es el descubrimiento freudiano, la convicción de la existencia del Inconciente.

El saber allí del que se trata, lo que se lee, está entre líneas, está en lo que se lee de significante en los dichos. La diferencia entre los enunciados y la posición enunciativa como condición del Decir.

El deseo del analista es el que lee en los restos, los tonos, los gestos, los modos en los que le es transferido esa vivencia de objeto que el analizante fue para el Otro. Esa lectura es un acto que

se instituye a condición de que exista la aptitud para la abstinencia en el analista. La cuestión no está en lo que se escucha sino en la aptitud para leer.

El acto, el decir interpretante, es ese instante en donde, se revela un saber sobre la Verdad.

Un saber que sin embargo no lo sabe todo, una Verdad que se escabulle, que es No toda, pero en donde existe una libertad posible, en donde se produce un Sujeto que estaba en espera, aplastado en el falso ser de la significancia.

El efecto de Verdad ya no queda ligado, por lo menos en ese instante, a esa fijación, sino a la verdad de **la existencia en tanto sujetos hijos del Verbo.**

Se podría pensar que, en la interpretación, se habla, se lee y se escribe al mismo tiempo?

En el acto el sujeto lee al mismo tiempo que enuncia, y escribe ahí donde no había nada escrito. Allí, revive el sujeto, lo nuevo, una libertad posible.

Sin embargo, Lacan plantea que en el acto el sujeto no es y no por ello está menos dividido.

El sujeto, en ese instante, no es eso que lo fijaba a una existencia ligada a la demanda del Otro, pero tampoco es amo de ese decir, ni de ese saber. Es en este sentido, que Lacan plantea que el deseo del analista no es un deseo puro, porque esta escindido por la Falta misma. Es el corte, la pérdida, el des ser.

Entonces, ¿Quién habla? ¿Quién lee? ¿Quién escribe?

En el recorrido de un análisis se podría pensar que lo que habla, lee y escribe es la Falta, ese silencio en el Acto mismo, es lo que permite la posibilidad de hablar, leer y escribir.

La falta es lo que cura, el analista es vehículo, es médium en relación a esto, lo que media no es él, su ser, sino la función. El médium es la Palabra, en tanto no es ninguna. Es el Silencio, en tanto es lo que permite que haya palabras.

Es desde allí que el analista, como guardián del silencio, durante el recorrido de un análisis, al faltar a la comprensión falta a ser el falo, cae así al lugar de objeto. Es de este modo, que el lugar del analista, se va haciendo con los restos, esos restos perceptivos que lo fueron garabateando, desde donde surge alguna posibilidad de un decir, nunca dicho.

Un leer nuevo, más allá de la memoria. Es desde este lugar, que puede pensarse a la interpretación como Acto creador, que se produce cuando se pasa por ese punto impropio, que implica el pasaje por el origen.

La experiencia del Acto, no es algo a lo que solo se arriba desde el dispositivo analítico, pero éste, en tanto analistas, nos permite estar ahí, en el lugar en donde todo lo que importa a la cura pasa, en donde el “no-todo” pasa, en donde “se pasa” por ese punto de torbellino que nos revuelca.

Allá volvemos cada vez, porque hicimos la experiencia en nuestro análisis, sabemos que ese pasaje se siente bien. La alegría del psicoanálisis, como dice Carolina Petriella. Como analistas, permanecemos ahí, para que la Falta vehiculice la cura, si no... para qué?

Las artes, así como otras tantas experiencias, son también capaces de provocar esa especie de emoción, esa extraña sensación de estar pasando por otra dimensión.

En este sentido Lacan diferencia al analista del artista, dice “No soy poeta, soy poema que se escribe y tiene trazas de sujeto”

El analista no hace la obra, él es el garabateado, él es el que es pintado, escrito, en lo que le fue transferido, durante el tiempo del análisis.

En esa frase, además habla del poema, aquello más ligado al decir que al dicho. Poema que se escribe, aquí lo escrito como efecto del leguaje, al igual que el sujeto, y la traza podríamos pensarla como la marca, como la huella del pasaje.

En fin, no somos artistas, pero, como nos conmueve el arte, y no queríamos privarnos de seguir pasándola bien aquí con ustedes, se nos ocurrió la idea de que algún objeto quede de esta experiencia.

Es por eso que tienen, seguramente entre sus manos, unos recortes de papel con colores y letras, pueden ser eso, sin más, también pueden tener otro sentido, pueden ser señaladores. Ellos son, a su vez, retazos, recortes, de una obra de Luis Felipe Noe, artista plástico argentino.

Elegimos una obra de él, ésta (muestro la obra completa) se llama “La estática velocidad”. La elegimos por la simple razón de que nos gusta.

Además, les cuento que Noe, es un artista que se interesa, en hablar de otros modos, nos habla. Se embarca, como también lo hacemos nosotros, en la imposible tarea de intentar traducir a palabras lo que hace, intenta dar cuenta de su Acto.

Por esta razón además de pintar también escribe en texto, sobre su experiencia artística. Tiene una bella publicación, entre otras, que se llama “Mi viaje, cuaderno de bitácora”, allí está impresa esta obra. Para los que se interesen, pueden además de ver sus obras, leer ahí, lo que escribe, el modo en que él se deja llevar por lo que llama “el caos”. Se deja llevar por sus restos y pinta, dibuja, recorta, sale del plano, vive.

Nos gustaba la idea de que estos papelitos pudieran estar acá entre nosotros, como experiencia en acto, de la pérdida que se produce por el corte.

Seguramente si unimos cada recorte no podremos armar, de manera exacta esto (la imagen de la obra completa)

El milímetro, que mide el filo de la guillotina que hizo el corte de estos señaladores, nos regala la hermosa posibilidad de que ellos, marcados por la pérdida, señalen las páginas de algún nuevo libro por leer que nos espera.